

naza un gran peligro y una gran tentacion, Rafael; pero si resistes á la tempestad que va á descargar sobre tí, podras ser primer ministro, como te he dicho, ó emperado, si quieres. ¡Y lo serás, por los cuatro arcángeles, lo serás!

Y la vieja desapareció por una callejuela inmediata, dejando atónito á Rafael.

— ¡Por Moisés y los profetas! ¡Si querrá esta vieja casarse conmigo? ¡Qué puede haberle llamado la atencion en mi negligente persona? De todos modos, Rafael, ya tienes un amigo en este mundo ademas de Bran, la perra de presa, y por tanto un nuevo motivo de incomodidad, porque los amigos quieren que se les corresponda con cariño y servicios al cariño que nos muestran y á los servicios que nos hacen. ¡Si será que la vieja ha caido en alguna trampa y quiere que la ayude á salir del mal paso?... ¡Pero qué milla completa de sol me aguarda desde aquí á mi casa!... Y por fortuna, no hay ni una litera que poder alquilar.... ¡Oh! ¡Cuándo se acabará esto? Treinta y tres años hace que padezco en esta Babilonia de necios y malvados, y con esta abominable salud

que tengo no será extraño que pase todavía otros treinta y tres.... Pero como no sé nada, ni espero nada, ni me cuido de nada, no quiero tomarme el trabajo de hacer un agujero en mi cuerpo, para que saliendo el alma por él vea si hay algo digno de verse fuera de aquí, y si en la otra orilla del sepulcro se vive menos estúpidamente que en esta.... ¡Cuándo acabaremos y descansaré yo en el seno de Abraham, ó en cualquier otro, con tal que no sea el de una muger!

CAPITULO V.

UN DIA EN ALEJANDRIA.

Entretanto Filemon, con sus huéspedes los godos, habia ido bajando por el rio, dejando atras antiguas ciudades y ruinas. Al fin una tarde habian entrado en el gran canal de Alejandria, y despues de haberse deslizado toda la noche con felicidad por entre los bancos de arena del lago Mareotis, se habian encontrado al amanecer entre los

innumerables mástiles y en los poblados muelles del mayor puerto del mundo.

La bulliciosa multitud de extranjeros; el ruido de tantas frases pronunciadas en mil diferentes idiomas, desde el de la Crimea hasta el de Cádiz; los vastos montones de mercancías y de trigos, dejados al aire libre en aquel clima siempre seco; los enormes buques que cargaban trigo para Roma, y cuyos altos costados se elevaban piso sobre piso, como palacios flotantes, sobre los edificios del muelle interior; la vista de estos objetos y de otros cien mas hicieron al joven monge pensar que el mundo al primer aspecto no era una cosa tan despreciable. Enfrente de varios montones de frutas acabadas de sacar de los botes que las llevaban al mercado, se veían grupos de esclavas negras sentadas y riendo en el muelle, mirando con ansiedad y coquetería al rededor, en busca de un buen amo que las comprara. Ellas sin duda no creían empeorar cambiando los trabajos del desierto por los placeres de la ciudad. Filemon no podía apartar sus ojos de un espectáculo de vanidad, sin fijarlos en otro de la misma especie. El ruido y la multi-

tud de objetos nuevos le aturdian, y apenas tuvo fuerzas para aprovechar la primera ocasion de huir de sus peligrosos compañeros.

—¡Hola! rugió Smid el armero, corriendo detrás del fugitivo. ¿Conque te escapabas sin despedirte siquiera de nosotros?

—Detente, muchacho, y quédate á mi lado. Te he salvado la vida y me perteneces.

Filemon se volvió y dijo:

—Soy monge y pertenezco á Dios.

—En cualquier parte puedes pertenecerle: quiero hacer de tí un buen guerrero.

—Las armas de mi profesion no son carne y sangre, sino oracion y abstinencia, contestó el pobre Filemon, que comprendia cuánto mas necesarias le serian estas armas en Alejandría que en el desierto. . . . Dejadme marchar; no tengo vocacion para vuestra vida. Te doy gracias y te bendigo, príncipe; rogaré por tí, pero déjame marchar.

—¡Perro maldito! gritaron media docena de voces. Príncipe Wulf, ¿por qué no nos has dejado haecer con él lo

que pensábamos? Mira qué modo de agradecer tus beneficios.

—Me debe mi parte de diversion, dijo Smid, y voy á tomársela.

Smid tomó un martillo y se le tiró á la cabeza á Filemon: éste apenas tuvo tiempo para ladearse, y el arma pasó silvando junto á su oído, y fué á dar contra las rocas de granito que estaban detrás.

—¡Bien salvado el golpe! dijo Wulf friamente, mientras los marineros y las mugeres gritaban, y los oficiales del puerto y los ganapanes acudían al sitio de la contienda temiendo una catástrofe. Entonces Amalrico gritó con voz de trueno desde su bote:

—No hay que hacer caso, amigos míos; somos godos que vamos á visitar al prefecto.

—Godos y nada mas, añadió Smid; y al oír este ominoso nombre la multitud, procuró aparentar indiferencia, y se fué retirando hasta dejar solos á los guerros.

—Que se vaya ese muchacho, dijo Wulf subiendo las escaleras del muelle; y añadió murmurando: siempre que he puesto mi inclinacion en algun hombre,

me he llevado chasco, y no puedo esperar de este otra cosa.

Filemon, ya que se encontró en libertad de marcharse, creyó que el hacerlo no era asunto tan urgente, y que de todos modos debia despedirse de sus huéspedes. Volvió, pues, para hacerlo, y halló á Pelagia y á su gigantesco amante que entraban en un palanquin. Filemon se acercó con los ojos bajos y murmuró algunas palabras de cumplido.

—Háblame de tí antes de separarnos, dijo Pelagia con graciosa sonrisa. ¡Hablas el griego con tal perfeccion!..... Acento puro ateniense..... ¡Me gusta tanto el oír el acento de mi patria! ¿Has estado alguna vez en Atenas?

—Cuando era muy niño. Recuerdo.... sí.... recuerdo....

—¿Qué? preguntó Pelagia con interés.

—Recuerdo que vivia en una gran casa en Atenas, y que se dió una gran batalla y que vine á Egipto en un buque.

—¡Cielos! esclamó Pelagia, y se detuvo.... ¡Qué casualidad!..... Muchachas, ¿no decíais que se parecia á mí?

—No lo hemos dicho por ofenderte, sino por chanza, contestó una de las jóvenes.

—¿Se parece á mí! Ven á verme alguna vez; tengo algo que decirte.... Es preciso que vengas.

Filemon, interpretando mal el interes que le mostraba Pelagia, no pudo contener un gesto involuntario de repulsion. Pelagia añadió:

—No vayas á tener la presuncion ne-
cia de sospechar.... ¿Crees que no tengo nada que hablar contigo sino frivolidades? Ven á verme, que puede tenerte cuenta: vivo en..... Y aquí pronunció el nombre de una de las mejores calles de Alejandría, nombre que Filemon, aunque resuelto á no aceptar la invitacion, no pudo olvidar.

—Deja á ese salvaje y ven, gritó el Amal desde el interior del palanquin. Supongo que no tratarás de entrar á monja.

—No, mientras tú vivas, dijo Pelagia sentándose á su lado y dirigiendo una mirada de despedida afectuosa á Filemon.

Pero Filemon estaba ya lejos de allí, afanándose por atravesar la apiñada multitud y buscar el camino que habia de conducirle á casa del patriarca.

—¡La casa del patriarca! exclamó el

primero á quien dirigió esta pregunta, y que era un hombrecillo flaco, moreno, de ojos negros y vivos, con un cesto de fruta á los piés, y que subido en un madero miraba con afectada sagacidad á los transeuntes. Sin duda que la sé; toda Alejandría tiene motivos para saber la casa del patriarca. ¿Eres monge?

—Sí.

—No lo pareces: yo por mi parte soy griego y filósofo, y aspiro á vivir conforme á los dictados de la pura razon.

—¿Y quién te ha enseñado filosofía? preguntó Filemon medio riéndose.

—Hipatia misma, la fuente de la sabiduría clásica. Yo, portero de su escuela, mientras guardo las capas y los quitasoles á la puerta sagrada de su aula, bebo su celestial sabiduría. Desde mi juventud he sentido en mí una alma superior á la del comun de los mortales: Hipatia me ha revelado el hecho glorioso de que soy una chispa de la divinidad, una estrella caída, amigo mio.... caída entre los senos de este bajo mundo.... Pero, en fin, te mostraré el camino de la casa del arzobispo: yo tengo gran placer en abrir los tesoros de la ciencia á los jóvenes modestos. En cam-

bio me ayudarás á llevar este cesto de fruta.

Y el porterillo, poniendo el cesto sobre la cabeza de Filemon, echó á andar delante.

Filemon le siguió reflexionando qué especie de filosofía seria aquella que podia alimentar la vanidad de un ente tan ridículo y mal trazado como su guía; pero el ruido de la calle, el perpétuo movimiento de la circulación en aquella afanosa multitud, las líneas de carros palanquines, asnos cargados, camellos, elefantes que encontraba, le hicieron pronto olvidarse de todo, dejando solo en su mente una vaga curiosidad, un gran temor al verse en aquella Babilonia, y un intenso, aunque inútil, deseo de gozar del reposo y silencio de su monasterio y de hallarse con personas conocidas.

Su guía le llevó por mas de una milla siguiendo la calle principal, que en el centro de la ciudad era cortada en ángulo recto por otra de igual magnificencia. A cada extremo de esta última, por cima de las cabezas de la corriente humana de transeuntes, se descubrian las arenas amarillas del desierto; y en

frente de Filemon, al fin de la otra calle, se veia brillar el azulado puerto cubierto de innumerables mástiles.

Al fin llegaron al muelle del otro extremo y allí se presentó á los ojos atónitos de Filemon un vasto semicírculo de azulado mar franjeado de palacios y torres.... Detúvose involuntariamente, y su guía se detuvo tambien y miró al jóven para observar el efecto que le causaba el espectáculo de aquel gran panorama.

—Mira, mira nuestras obras, las obras de los gentiles, de los griegos. Mira al extremo izquierdo del semicírculo ese faro, maravilla del mundo; mira ese muelle de una milla de largo con sus dos puentes que unen los dos puertos; mira esta Esplanada y esta puerta del Sol bajo la cual nos hallamos; contempla el Cesáreo á nuestra derecha y enfrente esos obeliscos, uno de ellos la aguja de Cleopatra; mira inmediato á él el Museo, y mas allá el templo de Neptuno, y el Timonio, donde Antonio, derrotado en Accio, olvidó su desdicha en brazos de aquella reina. Dime, ¿pueden los cristianos hacer esto?

—Los cristianos son aún capaces de mayores maravillas, contestó Filemon

aparentando toda la indiferencia que le fué posible, pero en realidad atónito á la vista de aquellas admirables construcciones. Al fin, reponiéndose de su sorpresa, volvió á preguntar por la morada del arzobispo.

—Por aquí, por aquí, contestó el hombrecillo llevándole hácia el pié del obelisco.

Filemon vió entonces un nuevo edificio adornado de símbolos cristianos.

—¿Es esta una iglesia? preguntó.

—Es el Cesáreo: temporalmente se ha convertido en iglesia cristiana, por condescendencia de los dioses inmortales, pero no por eso deja de ser el Cesáreo. Por aquí, bajando esta calle á la derecha, está la última morada de las Musas, el aula donde da sus lecciones Hipatia. . . . Aquí, enfrente del Museo, en esta magnífica casa, vive la favorita de Atene. Deja ahí el cesto.

El hombrecillo llamó entonces á la puerta, y dando la fruta á un portero negro que salió á recibirla, hizo una reverencia á Filemon y se dispuso á entrar y á dejarle en la calle.

—¿Pero cuál es la casa del arzobispo? gritó Filemon.

—Cerca del Cerápeo: no tiene pierde. Cuatrocientas columnas de mármol, ahora arruinadas, coronan una eminencia. . . .

—¿Pero cuánto está de aquí?

—Unas tres millas, cerca de la puerta de la Luna.

—¿Cómo! ¿La puerta del otro lado de la ciudad por donde hemos entrado?

—Exactamente; ya que has venido hasta aquí, sabrás volver.

Filemon tuvo que hacer un grande esfuerzo sobre sí para contener los impulsos que le dieron de asir por el pescuezo al hombrecillo y estrellarlo contra la pared.

—¿Es decir, infame pagano, exclamó al fin, que me has hecho andar seis ó siete millas fuera de mi camino!

—Buenas palabras, jóven, porque si me tratas mal, pediré auxilio. Estamos cerca del barrio de los judíos y vendrán como abispas aprovechando la ocasion de dar una buena paliza á un monge. Lo que he hecho ha sido con buen fin; primero, políticamente, ó sea segun la sabiduría práctica, para que me trajeses el cesto de fruta; segundo, filosóficamente, ó segun las intuiciones de la

razon pura, para que viendo la magnificencia de la gran civilizacion que tus compañeros tratan de destruir, comprendieses que eras un asno, una tortuga, una nada, y quisieras ser algo.

Filemon cogió al porterillo por el cuello de su estropeada túnica, y no soltó la presa por mas que el filósofo pretendia escurrirsele como una anguila.

—De grado ó por fuerza vendrás conmigo, le dijo, y me llevarás hasta la misma casa del arzobispo, en justo castigo de tu engaño.

—El filósofo domina las circunstancias sometiéndose á ellas, dijo el portero. Por otra parte, las necesidades de esta miserable existencia material me obligan á volver á la puerta de la Luna por mas fruta.

Volvieron, pues, atrás, el portero riéndose interiormente de Filemon, y éste reflexionando sobre lo que acababa de ver y oír.

Despues de haber caminado en silencio cerca de una milla, se volvió Filemon de repente á su guía, y como siguiendo el curso de sus pensamientos, le preguntó:

—¿Pero quién es esa Hipatia de quien tanto me has hablado?

—¿Quién es Hipatia, rústico? La reina de Alejandría; en talento Atene; Hera en magestad; Afrodita en hermosura.

—¿Y quiénes son esas? volvió á preguntar Filemon.

El portero se detuvo; le miró desde los piés á la cabeza con aire de profunda compasion y de solemne desprecio, y ya volvia á ponerse en camino sin contestar, cuando sintió sobre sí el robusto brazo de Filemon.

—¡Ah! sí. . . . ¿Me preguntas quién es Atene? La diosa dispensadora de la sabiduría: ¿quién es Hera? La esposa de Zeus, reina de los dioses celestes: ¿quién es Afrodita? La madre del amor. Llámense tambien Minerva la primera, Juno la segunda, Venus la tercera. . . . Supongo que tampoco entenderás esto.

Filemon entendió lo bastante para conocer que Hipatia era una persona maravillosa y única en concepto de su guía, y añadió:

—Y esa Hipatia, ¿es amiga de patriarca?

El portero abrió desmesuradamente los ojos, se detuvo otra vez, miró de al-

to á bajo la imponente figura de Filemon, y dijo:

—Hipatia es amiga de la raza humana en general. El filósofo debe elevarse sobre el individuo á la contemplacion del universal.... Pero, ¡ah! aquí hay algo digno de verse, y las puertas están abiertas.

Y se detuvo en el pórtico de un vasto edificio.

—¿Vive aquí el patriarca? preguntó Filemon.

—Los gustos del patriarca son mas plebeyos. Vive, segun dicen, en una habitacion pequeña y modesta, conociendo que otra cosa no se ha hecho para él. ¡Esta la casa del patriarca! ¡Bah! Esta es mas bien sus antípodas, si en efecto los antípodas tienen una existencia cósmica, sobre la cual Hipatia abriga sus dudas. Este es el templo del arte y de la belleza; el trípede délfico de la inspiracion poética; el solaz de la terrestre turba; en una palabra, el teatro, el teatro que tu patriarca, si pudiera, convertiria mañana en.... pero la murmuracion no es digna del filósofo.... ¡Ah! Veo los ministriles del prefecto á la puerta: está sin duda dando sus dispo-

siciones, es decir, formando el programa de la funcion con arreglo al gusto del público. Todas las semanas, en tal dia como hoy, un bailarín del género mímico, ejecuta aquí sus habilidades con mucho aplauso, especialmente de los judíos. Para gustos mas clásicos muchos de sus movimientos carecen de la verdadera severidad antigua, y aun generalmente hablando, pueden llamarse indecentes. Sin embargo, el cansado transeunte se divierte aquí y descansa: entremos y veamos.

Antes que Filemon pudiese manifestar su repugnancia á entrar en el teatro, sonó dentro un rumor estrepitoso, una parte de la multitud salió precipitadamente, y los ministriles del prefecto entraron.

—¡Es falso! gritaban muchas voces; es una calumnia de los judíos: ese hombre es inocente.

—¡Pobrecito! exclamaba una muger llorando. Esta mañana le dije yo: ¿por qué no azotas á los muchachos, maestro Hierax? ¿no ves que si no los castigas no aprenderán? A lo cual me contestó que no podía ver una vara ó un látigo sin que le temblasen las espaldas.

—¡Socorro, socorro! decían otros; Hierax el cristiano ha sido preso y le están dando tormento.

Y la multitud, reforzada por centenares de personas que se le agregaron, se precipitó bajo las anchas bóvedas de la entrada, llevándose por delante al portero y á Filemon.

—Amigos míos, decía el porterillo tratando de aparentar cierta calma filosófica, aunque sus piés no tocaban al suelo y era llevado en volandas por los circunstantes, amigos míos, ¿de qué proviene este tumulto?

—Los judíos han acusado falsamente á Hierax de que trataba de armar un motin, ellos que todos los sábados se amotinan por venir á ver á este bailarín de su raza en vez de trabajar como hacen los buenos cristianos.

—¡Eh! diferencias de secta que el verdadero filósofo....

El porterillo no pudo concluir la frase, porque abriéndose de repente la multitud que le sostenía, cayó al suelo y no se le volvió á ver por entonces.

Filemon, indignado de que tan ferocemente se tratara á un cristiano, y estimulado por las voces y exclamaciones

de los que le rodeaban, penetró por entre la turba y en breve llegó á las primeras filas; pero allí se encontró con fuertes puertas de hierro que impedían el paso, dejando ver, sin embargo, entre las barras la trágica escena del desgraciado Hierax, que suspendido de un palo, lanzaba lastimeros alaridos á cada golpe de las varas con que le azotaban sus verdugos.

En vano Filemon y los que iban con él golpearon la puerta; solo obtuvieron por respuesta risotadas de los esbirros del prefecto y maldiciones contra la plebe turbulenta de Alejandria, contra el patriarca, el clero, las iglesias y los santos. Entretanto los quejidos del paciente iban siendo cada vez mas débiles, y por último, despues de un estremecimiento convulsivo de todo su cuerpo, cesaron absolutamente.

—¡Le han muerto, le han martirizado! exclamaron muchas voces. Llevemos al patriarca tan triste nueva: él cuidará de obtener justicia.

La multitud, en efecto, salió arrasando á Filemon consigo y atravesando varias calles estrechas, hasta una especie de plazuela de edificios nuevos

y bajos, dominados por las cuatrocientas magestuosas columnas del Serapeo. La yerba crecía ya sobre los arruinados capiteles y arquitrabes de aquel edificio, y debía llegar el día en que solo una de tantas magníficas columnas debía quedar para mostrarnos lo que los hombres de la antigüedad pensaron é hicieron.

Filemon al fin pudo librarse de la presión de las turbas, y sacando del pecho la carta que llevaba para el patriarca, la puso en manos de uno de sus familiares, el cual le hizo atravesar un corredor, subir una escalera y entrar en una habitación, donde le mandó esperar á que le llamara el prelado.

Aquella habitación tenía una puerta que daba á otra pieza interior, y estaba cubierta con una cortina. Al cabo de algunos minutos alzose esta cortina y Filemon se halló en presencia del patriarca.

El traje del prelado era vasto y sencillo así como la habitación en que se hallaba era modesta. Llevaba Cirilo la barba bien peinada, aunque sin afectación, y la varonil belleza de sus facciones, el brillo de sus ojos, lo espeso de

sus cejas, indicaban en él un hombre destinado á mandar y á ser obedecido. Estaba paseándose en su cuarto cuando entró Filemon, y suspendiendo el paseo y mirando al jóven de un modo penetrante, tomó la carta, la leyó y dijo:

—Filemon, un jóven griego: me dicen que has aprendido á obedecer. Si así es, sabrás también mandar. El padre abad me transfiere tu tutela. Ahora es á mí á quien tienes que dar obediencia.

—Obedeceré.

—Bien dicho. Parece que deseas ver el mundo. Quizá has visto ya hoy algo de él.

—He visto el asesinato de....

—Entonces has visto lo que has venido á ver aquí, lo que es el mundo, y la justicia y la misericordia que en él reinan. Habiendo visto eso, sospecho, á juzgar por tu traza, que no te pesará ver el castigo de los malvados y aun ser instrumento de la voluntad divina en ese castigo.

—Haré lo que mandes.

—¡Ah!, pobre maestro! Su muerte te parece, oh jóven, el extremo de la ini-